



[Volver a "de sentido común"](#)

68 - De Sentido Común: **“Lo ideal y lo real”**

En algunas ocasiones nos encontramos frente al aparente dilema de tener que renunciar -de alguna manera- a nuestros ideales por aceptar una realidad con la que no estamos de acuerdo, otras veces corremos el riesgo de cansarnos o desesperamos por apuntar a un ideal al que no queremos o no debemos renunciar. El IDEAL es un principio, una ley, una esperanza, un propósito, el ideal no es una mera ilusión sino algo que tiene una cuota de realidad, es realizable, el ideal no es la ideología que busca cambiar la realidad sino la esperanza que busca transformarla; en términos cristianos el ideal es la virtud, la vida cristiana, la vida eterna. Lo REAL es... “lo que hay”, una mezcla de lo querido y lo tolerado, lo bueno y lo malo en un mismo envase. Lo real es donde estoy parado, el ideal adónde quiero llegar. Hay mucho de realidad en lo ideal, de lo contrario no existiría, sería una mera ilusión. Hay algo de ideal en la realidad, de lo contrario no tendría ningún sentido. Concretamente muchas veces nos encontramos con la dura realidad del aborto o de las drogas que parece que tendríamos que legalizar para aceptarlas (y el robo, la mentira ¿también?); muchos padres se encuentran con la realidad de que sus hijos no viven según la fe y la moral que ellos les enseñaron, por ejemplo en relación al noviazgo: la virginidad antes del matrimonio parece una ilusión inalcanzable dados los condicionamientos de la moda. En general vivir la vida cristiana de modo pleno se ha vuelto difícil o imposible humanamente hablando. ¿Cuál es la solución? ¿renunciar al ideal? ¿aceptar la realidad? Nos parece este un falso dilema.

La respuesta empieza por evitar ese falso dilema: “es lo que hay”, como si no se pudiese cambiar o mejorar la realidad, una resignación desesperada frente a esa realidad, o –por otro lado- el “deber ser” impuesto de modo impaciente y con ira por no saber aceptar. La respuesta implica una madurez personal, una buena síntesis entre el ideal y la realidad: “aceptar” lo real, “pedir” y “conquistar” el ideal.

Aceptar no significa estar de acuerdo, ni mera resignación. Es la actitud frente a lo que no depende de nosotros, a lo que no podemos de modo suficiente cambiar. En el fondo, aceptar

[Volver a "de sentido común"](#)



“De Sentido Común”

Ciclo de Reflexiones a cargo del Padre Héctor Albarracín

es un acto de humildad que deja a Dios en su lugar y a nosotros en el nuestro, el de creaturas limitadas. Junto con esta actitud hay que sumarle el pedir y conquistar el ideal, nunca se renuncia al ideal porque se tiene la doble certeza (repetimos: la CERTEZA) de que es lo mejor para nosotros y para los demás y de que es REALIZABLE “con la ayuda de Dios”; junto con esto se cultiva la paciencia y se ponen los medios ante el proceso que conlleva un crecimiento o una resurrección (moralmente hablando). Lo real renunciando al ideal se transforma en un conformismo desesperado, en tibieza, en confundir lo común con lo normal y natural. Lo ideal sin lo real se transforma en ira, impaciencia, y – a la larga- en desesperación y desánimo. Los hechos concretos de ambas actitudes entran en el campo de lo prudencial, es decir, de la conciencia de cada uno. Si no aprendemos a aceptar la realidad se nos va a hacer muy difícil vivir en “este” mundo, si no luchamos por el ideal se nos va a hacer muy difícil poder vivir en el “otro” mundo, es decir, en la Vida Eterna; ¿será esto lo que significa “vivir en el mundo sin ser del mundo”?

Se me ocurre aquí el pasaje en donde Jesús se encuentra con la mujer que había cometido adulterio y que los fariseos querían apedrear (Juan 8,1-11). Los fariseos descargan su ira y desesperación contra Jesús y esta mujer por no aceptar la realidad o por haber renunciado al ideal o por ambas cosas, mientras que Jesús aceptando su condición de pecadora la invita al ideal de la santidad: “mujer, ¿alguien te ha condenado? Yo tampoco te condeno, vete y no peques más”. No condenemos la realidad (¡tampoco la canonicemos!), aceptemos su condición (que es la nuestra) y sigamos subiendo pacientemente a la cima, porque no nos olvidemos nunca que contamos con la gracia de Dios y no solo con nuestras pobres fuerzas.

P. Héctor Albarracín

